



ELENA Y LOS RINCONES DEL MIEDO

“¿Lo ves?”



CARLA VILLACÉ MUÑOZ

MIEDOS

Desde que era pequeña, siempre he odiado los cuentos de terror. Nunca he sabido la razón... como cuando alguien siente aberración hacia una araña, que es infinitamente más pequeña que tú y que, sin embargo, hace que tengas la sensación imperante de querer alcanzar la primera salida que encuentres. Sea puerta... o ventana. Y no sabes explicarlo con certeza.

Esos miedos irracionales, tan estúpidos como peligrosos, pueden destrozar la mente de cualquier persona si se utilizan de manera descontrolada sobre el afectado.

Y por eso, yo, con mi fobia inexplicable a cualquier mito, historia o narración de carácter violento, estoy aquí, a última hora, en la oscuridad. Sola y aterrada.

Pero bueno, antes de llegar a este punto, necesito explicaros más de una cosa. Y la razón de por qué estoy así.

Todo empezó esta mañana. Un viernes cualquiera.

Después de terminar la clase de experimentales, tan agotadora como siempre, decidí acostarme sobre la mesa y cerrar un rato los ojos. Entonces una conversación llegó a mis oídos:

- **Yo creo que mi nota es demasiado baja.**
- **A ver, no es de las mejores, pero creo que con un poco de suerte puedes entrar, Pablo, no seas tan pesimista.**
- **No sé yo...** -una silla chirrió y la voz se oyó más claramente.
- **Aún así, si lo ves muy mal, apunta otra que te guste, como Educación Especial o Educación Física** –la voz que respondía era de mujer. Miré de reojo por entre los brazos y vi a Sara y Pablo sentados en las mesas.
- **Educación Física ni de coña. A Pablo o se le mueve con un palo o nada** – otro tono se unió a la conversación y esta vez era de hombre.

No pude evitar reírme, y los tres se giraron hacia mi mesa:

- **Qué tía. Mírala como se ríe, la que estaba dormida después de biología** –dijo Sara, agarrando mi brazo y sacudiéndome como un peso muerto- **¡Anda arriba, Elena!**
- **Hola Marcos...** -Pablo se inclinó en la silla y saludó con la mano, tan pasivo como cada día.
- **Y tú siempre delicado como una ortiga, Marcos,** –afirmó Sara, juzgándole con ironía- **¿ni con un palo?**

- **Yo no miento** –respondió, sonriendo con igual cantidad de sarcasmo– **Además, Elena opina lo mismo que yo, ¿cierto?**

Asomé la cabeza y negué, moviéndola de un lado a otro– **A mí no me metas en el mismo saco** - dije, mirando hacia él– **Y eso no ha salido de mi boca, que conste.**

Pablo comenzó a reírse tímidamente, y yo le acompañé con una mirada picarona: él sabía perfectamente lo vago que era. Educación física no era ni de lejos lo que quería hacer. Sonaría casi como una broma oírlo de su boca.

- **No pasa nada Sara, Marcos tiene razón. Educación física me pega tanto como a él tratar de hablar en inglés: algo inútil.**

Toma ya.

Las dos miramos a Marcos que, ahora, no sabía qué responder. Sara empezó a reírse con fuerza, mientras trataba de abrazar a Marcos, que claramente se había picado y observaba a Pablo con incredulidad.

El chico no hablaba mucho... pero cuándo lo hacía... no se quedaba atrás.

Mientras la pareja se molestaba mutuamente, vi acercarse a Pablo con cuidado y sentarse a mi lado:

- **Después de todo el jaleo, sigues igual que antes, ¿no?** –dije apoyada en uno de mis brazos, mirando a al chico acomodarse.
- **Pues si te digo la verdad, sí** –las palabras salían de su boca con una parsimonia admirable- **pero al menos sé por dónde decantarme. ¿Tú aún no sabes cuál de las menciones elegir?**
- **¡¡Es verdad!!** –gritó Sara. Soltó la cabeza de Marcos, que tenía los pelos enmarañados de haber peleado por su vida, y se abalanzó en mi espalda. Ay.- **Sólo tienes este fin de semana para decidirte a dónde ir, Elena. ¿No hay nada que te llame más?**

Sentí la mirada atenta de los tres (Marcos se había acercado al corrillo), y justo cuando fui a hablar, la puerta de la clase se abrió de golpe:

- **Buenos días, chicos** –dijo el profesor, y todo el mundo se dio la vuelta para observar cómo se sentaba y sacaba sus cosas.

La gente, con un jaleo descomunal, volvió a su sitio, los tres se dieron la vuelta sin ganas y la última hora dio comienzo.

Yo guardé el almuerzo, que ni había tocado, debajo de la mesa, y entonces algo crujió. Eché un vistazo extrañada, y metí la mano a ver qué era. Con suerte, restos del almuerzo de otro, un chicle, o incluso algo peor. Logré agarrarlo: solo era un papel doblado.

Agradecí internamente que no fuera la opción del chicle y abrí la hoja.

Un dibujo en blanco y negro representaba lo que ahora era el primer piso, en el que estaban las mesas y los ordenadores prehistóricos que aún no podían conectarse bien a EDUROAM. Estaba oscuro, manchado y difuminado en casi todos lados, y parecía que miraba hacia las escaleras.

Entonces me fijé. Casi todo era negro, pero había algo aún más oscuro: una figura deforme que subía los escalones. Solo resaltaban sus ojos, brillando desde lejos.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Volví a doblar la hoja sin delicadeza y la guardé, esta vez en el escritorio de al lado. No quería volver a encontrármela ni de casualidad. Odio todas esas “cosas”.

Sin embargo, en el momento que intentes huir de tu propio miedo, este te perseguirá con más fuerza, hasta encontrarte.

Y aquí es donde comienza.

21:54 de la noche. Llevaba toda la tarde tratando de terminar un trabajo con Pablo, y llegó un momento en el que me quedé sola. Con los cascos a tope, comencé a pasar a limpio apuntes y sin darme cuenta la noche oscureció el paisaje a través de las ventanas.

Un bajo sonó de fondo en la canción que tenía puesta. Sí, esta era mi favorita. Miré la pantalla del ordenador: si seguía a este ritmo, muy pronto tendría acabado todo el temario de Sociales. Sonreí para mis adentros: la semana había sido catastrófica hasta hoy, pero al llegar el viernes, por fin podría desc...

En medio de la música, un ruido extraño rompió mi concentración. “*No es de la canción*”. Cogí el teléfono y confusa, me aseguré de que no provenía de la reproducción. Y en ese momento lo volví a escuchar de nuevo.

Mierda.

Me quité los cascos y observé mí alrededor. Nada. No había ni un alma en el piso. Entorné el cuerpo hacia las escaleras: todo vacío. Con una mano me rasqué la cabeza mientras me daba la vuelta, pensando en las horas que llevaba pegada a la pantalla y me tapé la cara con las manos, masajeándome delicadamente. Me había parecido el crujido de un papel.

No.

Abrí los ojos rápidamente y volví a girarme: ese maldito dibujo era de esta planta, ¿no? Los ordenadores, el pasillo... hasta las plantas justo en la esquina y... los escalones. La vista se me quedó estancada ahí, sin poder apartarla. Ni siquiera pestañeaba. Un escalofrío me recorrió la nuca, esperando a...

¿Esperando a qué?

En cuanto esa pregunta me rondó por la cabeza, la risa me salió sola. *“Eres tonta Elena, has bajado mil veces esas escaleras. Todo va bien. Tooodo va bien.”*

Y de repente, la luz de todo el pisó se esfumó.

Casi pude notar como el corazón se me salía del pecho. Me levanté de la silla por instinto puro, y no me atreví a darme la vuelta. Maldije haberme puesto de espaldas y mientras intentaba calmarme, observé como algo brillante se reflejaba en las ventanas. Al otro lado, en el piso de abajo, la luz todavía seguía encendida. Entonces suspiré, ya eran, salvo por dos minutos, las 10 de la noche.

- **Idiota, idiota, idiota** –fue lo único que pude decir.

Recogí todo lo rápido que pude y sin miramientos metí las cosas en la bolsa que, a duras penas, pude cerrar. Agarré la mochila. Al darme la vuelta, por fin miré las escaleras. Joder. *“Son las mismas que hace apenas un minuto”*.

Eso me decía, pero ni de lejos parecían las mismas. La oscuridad las había devorado casi por completo, salvo por la luz de las bombillas del piso de abajo, que se filtraba. Tragué con fuerza acercándome poco a poco hasta el pasillo. Miré a cada lado, pero en ningún caso pude ver el final. Respiré, intentando absorber todo el aire del sitio, instigando que me diera algo de valor, y entonces corrí.

Corrí como los niños que salen de su cuarto en plena noche al baño, y que, miedosos de que algo les persiga, aceleran el paso hasta meterse debajo de las sábanas, seguros y con sensación de tranquilidad.

En ese momento me sentí así.

Pero como os dije al principio, me encontraba aterrada, en total oscuridad. Y aquí es donde llegamos al presente, cuando, en medio del recorrido para bajar a la planta de calle, la luz se fue completamente.

Justo en medio... de las escaleras.

No puedo moverme. Había empezado a bajar a toda prisa, con la sensación de que iba a dar un traspié y caerme, pero ahora soy incapaz de avanzar. Hasta hace solo un segundo, podía ver las máquinas de refrescos y el banco al otro lado de la entreplanta.

¿Por qué está todo tan negro? ¿Nadie se ha dado cuenta de que seguía aquí?

Siento que algo me está agarrotando las extremidades, e incluso mis manos se han quedado frías. “No. No. No. No es real, ¿recuerdas? Tienes miedo, solo es miedo, porque estás a oscuras y a ciegas en un sitio poco estable. Porque...” Dios, no, estoy en las escaleras.

Noto como el pánico asciende por todas partes, se me eriza la piel y la imagen del pupitre reaparece con más fuerza que antes. Si antes había dejado de respirar, ahora lo hacía tan rápido que ni notaba como entraba el aire. Quiero salir de aquí, ya.

Agarro mi bolso e intento encontrar el móvil, y al meter la mano, recuerdo como en un flash que cada cosa está desordenada y no en su sitio. Esto es increíble. Aquí no puedo ver nada... pero...

Pestaño un par de veces, y me doy cuenta. La puerta de la entrada tiene luz de la calle. Sí, sí. Ando con cuidado hacia la derecha, buscando algo en lo que apoyarme, pero no logro tocar nada. ¿Desde cuándo era esto tan grande? Entonces hago lo mismo hacía la izquierda, y con los dedos toco la pared fría mientras comienzo a bajar con cuidado.

Bien, vale. El corcho. Gira. Ahora no hay escaleras, y solo queda un último esfuerzo. Ya puedo ver la luz. Noto como la vista se me acostumbra a la oscuridad y que no solo se ve en la puerta, sino también en las ventanas de la entreplanta. “No mires”. Fue lo que pensé. Ya tengo suficiente con andar a tientas para encima pensar en escenas macabras.

Consigo bajar todos los peldaños y en el segundo que toco el suelo firme me pego a la puerta de la entrada, buscando el teléfono. “Aunque haya luz... esto sigue siendo un desastre. Es buscar negro sobre negro”.

- **Ahora desearía tener la funda multicolor de Sara... maldita sea.**

En el instante que termino la frase un ruido resuena por la planta. Miro al frente, pero solo veo hasta secretaría. Entorno los ojos todo lo que puedo, pero nada. Sin darme cuenta, me he vuelto a quedar parada, y solo siento la vibración de mi cuerpo en tensión, flexionado y los latidos que se superponen.

- **¿Hola?** –nadie responde, y trago saliva. He oído algo, no estoy loca.- **Me he quedado encerrada sin querer, que estaba estudiando arriba. Soy estudiante de aquí.**

Silencio de nuevo. Esta vez escucho un crujido, y por fin veo a alguien a lo lejos que se acerca y mueve una mano para que vaya. “Uf, menos mal”. Agarro la mochila, aún sin cerrarla, y empiezo a andar.

- **Lo siento mucho, de verdad. No estuve atenta a la hora y cuando quise darme cuenta ya era...**

CRAC.

Me quedo quieta, en el sitio. Estoy segura de que he pisado algo. Al mirar al suelo, veo un papel arrugado justo debajo de mi zapato que me resulta demasiado familiar. No hace falta que me agache del todo. No. No. No, no, no, no, no. NO, POR FAVOR. Miro al frente. Lo único que puedo ver con claridad son esos malditos ojos blancos.

Y lo siguiente que recuerdo son las palabras de Pablo una y otra vez repitiéndose, antes de gritar como nunca lo he hecho en toda mi vida.

.....

Cuando finalizó el último periodo de esta misma mañana, apenas me di cuenta de que la mitad de la clase ya se había ido. Sara me agarró de los hombros y riéndose me obligó a recoger deprisa. Yo suspiré y metí las cuatro cosas que ni siquiera había utilizado en toda la hora. Sin poder evitarlo había perdido, de nuevo, otra clase inmersa en mis pensamientos. En la mención, y en el futuro de un rumbo perdido.

Al bajar las escaleras, Sara bajó a la cochera, Marcos salió por la entrada principal y Pablo y yo nos dirigimos a la cafetería.

Y otra tarde en la universidad a acabar otro trabajo.

- **¿Qué te ha pasado en clase?** –el olor a patatas fritas y producto de limpieza (una combinación “deliciosa”) marinaba el ambiente mientras yo trataba de ensartar parte de la ensalada. Alcé la cabeza.
- **¿De qué hablas?** –pregunté. Pablo me miraba con absoluta calma mientras su bocadillo expulsaba queso derretido por todas partes.
- **Al principio, justo antes de que empezara la hora,** -respondió, agarrando de nuevo el bocata con las manos- **estabas mirando algo y pusiste mala cara.**

Me quedé en silencio, en la misma posición, pensando, mientras él mordía y arrancaba un buen pedazo de lomo y pan con queso. Mala cara...

Unos ojos blancos ocultos tras la oscuridad cruzaron por mi mente.

- **Ah... ya... -**cerré los ojos con fuerza, intentando borrar la imagen que tanto me había costado eliminar de mi disco duro- **...eso. Vi un papel arrugado que estaba en mi pupitre, y era horrible. Algo de terror y todo eso.** –Pablo volvió a centrarse en mí- **Una broma de mal gusto, supongo.**
 - *¿Fangre,* –dijo con la boca medio llena- *vifferaz, bomftruof?*
 - **Primero de todo, traga,** –“*cerdillo*”- **y segundo: no. Parecían los ordenadores del primer piso, quiero decir, el sitio. Estaba a oscuras y por las escaleras subía... algo. Y solo se veían sus... ojos.**
 - **No tienes por qué decirme más, que sé que lo pasas mal con esas cosas. De todas formas** –dijo aclarándose la garganta- **no te asustes: es solo un dibujo. Y por cierto, cambiemos de tema. ¿Las mencio...?**
 - **Prefiero hablar del dibujo** –él cerró la boca y me miró con ironía, a lo que yo respondí con una risa tonta. Y la comida fue tranquila en adelante.
-

- **Tengo que irme ya a casa** –dijo Pablo mientras se estiraba. Francamente, era de las pocas veces que le veía hacerlo.
- **No te preocupes, yo me quedo a terminar lo que nos queda.**

Él comenzó a recoger sus cosas, como aceptando la propuesta. Justo cuando solo quedaba su teléfono en la mesa, paró en seco y me miró fijamente.

- **...¿Qué?**
- **... -se quedó pensativo unos segundos, y entonces habló- el dibujo que has mencionado antes, en la comida. Me suena de algo.**
- **¿En serio? ¿De qué?** –no pude evitar que se me erizara el vello.
- **Un veterano** –se aclaró la garganta antes de continuar- un “amigo”... me dijo que han rondado dibujos raros, por las clases. Papeles arrugados con partes de la facultad en las que pone...
- **¿Lo ves?** –respondí sin darle tiempo a decirlo. Una sensación extraña me revolvió el estómago.
- **Sí. ¿Era alguno de esos?**
- **...Creo que sí.**

Pablo se quedó dubitativo de nuevo, y yo miré al suelo haciendo un esfuerzo por relajarme. Sin darme cuenta había dejado de respirar.

Hubo unos segundos de intenso silencio.

- **Sigo creyendo** –dijo, volviendo a hablar- **que solo es parte de una broma pesada, y que esa estupidez de que tu miedo te persigue solo es eso, una bobada en la que caen los susceptibles, nada más.**
- **Espera, ¿cómo que te persigue?**
- **Es una tontería,** –respondió nada más terminé- **y no pienso decirte más. Tú y el terror no os lleváis bien y encontrarte esa hoja fue algo fortuito, azar, completamente arbitrar...**
- **Vale, vale,** –no pude evitar reírme- **lo he entendido, “no más pensar en cosas triviales como esa...**
- **Y más centrarte en elegir la mención”.**

Sus ojos me observaron con firmeza y yo asentí como los niños pequeños, prometiéndole que lo pensaría y que lo llamaría al salir de la facultad.

Inocente de mí.

.....
No sé dónde estoy. Me siento agitada, cansada y con frío. No puedo ver nada, solo negro. ¿Por qué estoy temblando?

Lo poco que recuerdo es verme a mí misma correr, subir escaleras y recordar la tarde con Pablo. “*Eso te persigue*”. ¿Qué es eso? Me duele demasiado la cabeza para pensar, y me pitan los oídos, solo quiero dormir. Me acurruco en la esquina y me tapo la cara con los brazos mientras me hago una bola.

Me duele, me duele mucho.

Tengo miedo.

...

¿Miedo?

Abro los ojos con fuerza, y todo lo que ha ocurrido vuelve a mi cabeza. Oh, Dios mío, voy a llorar. No puedo, no puedo seguir aquí. Dios. DIOS. ¿Dónde estoy?

Lo primero que logro vislumbrar es un par de plantas. Miro a la derecha, y veo las escaleras por las que he subido. Estoy otra vez en el primer piso. No me fastid...

Antes de poder maldecir oigo un ruido proveniente del piso de arriba. Me está buscando, esa cosa... “*Eso te persigue*”. ¡Cállate! “*Pablo, desaparece de mi cabeza*”. Una puerta chirría en la segunda planta. Mierda. No. El ruido es cada vez más fuerte. Necesito salir de aquí.

Trato por todos los medios respirar con tranquilidad, intentando relajarme. Cierro los ojos un instante y al segundo, una luz comienza a brillar, haciendo que los vuelva a abrir. ¿Cómo...?

El techo de la planta baja esta vagamente iluminado, pero en ese momento para mí parece una antorcha gigante. Miro de nuevo hacia las escaleras, ya no oigo nada. Esto no me gusta, pero... Aprieto los puños y me levanto todo lo sigilosa que me dejan mis piernas, asomándome por el hueco de la pared.

Algo está brillando ahí abajo. Espera... ¿Mi móvil? “*Lo dejé ahí tirado cuando esa cosa me empezó a perseguir*”. Vuelvo a apoyarme en el suelo y miro de reojo las dos escaleras.

“*Ni de coña*”.

Corro en dirección opuesta al origen de los primeros ruidos y bajo por las escaleras que daban acceso a los despachos. Me paro en seco justo cuando llego a la esquina. Dios. Dios. Se me va a salir el corazón. Cálmate, cálmate.

Me inclino con mucho cuidado. El teléfono ya no brilla, pero la luz que se filtra por las puertas me basta para ver que la planta está vacía. Y el teléfono está peligrosamente cerca de esos asquerosos escalones.

Ahora o nunca.

Salgo volando como alma que lleva el diablo hacia el teléfono; como si me persigue el correcaminos, que yo ya no me paro. Casi no consigo frenar. No tengo tiempo, deprisa. Venga, venga.

Intento desbloquear la pantalla. Primer fallo. Oh venga ya, no me hagas esto. Segundo fallo. Me tiemblan tanto las manos que no sé ni que estoy haciendo.

Por favor. Por favor. POR FAVOR. Tercer fallo.

Voy a llorar, voy a...

- **Ji ji.**

Me quedo helada. Fijo mi mirada en las escaleras. No hay nada. Me giro corriendo, vacío.

¿Dónde...?

Mi primer instinto es voltearme hacía arriba.

Ahí está. Observándome desde el hueco que yo antes había usado para asomarme.

Esos ojos blancos. Me están. Mirando.

“Te voy a perseguir”.

Dios.

Me levanto sin siquiera pensar una dirección y tuerzo a la derecha. Estoy llorando y me estoy ahogando de lo rápido que respiro.

No sé qué hacer. No lo... no lo sé. Dónde me escondo. ¿¿Qué hago!?! Dios, ayúdame. Por favor.

Cuando quiero darme cuenta, en medio del silencio, mi teléfono vibra. Pablo.

- **¿Elena!? ¡Elena, dónde demonios estás!! Tu madre me ha llamado como 300 veces y dice que no estás en casa todavía. ¿Elena??** –es la primera vez que él habla así, tan nervioso. Puedo escuchar de fondo el llanto de Sara. No puedo parar de llorar.
- **Dios, Pablo, ayúdame, por favor, estoy en, no sé, no s...**
- **¿Elena? ¡¡Elena!?! ¡Contesta!!**
- **¡¡¿Por qué no me oyes!?! ¡¡Socorro!!!**
- **Ji ji.**

Esa risa suena tan cerca que parece susurrarse al lado de mi oído. Me doy la vuelta, y no hay nada más que negro. Un color horrible que se acerca hacia mí, como una ola que mancha todos los rincones.

Huyo y me encierro en el baño de la planta baja. Bloqueo la puerta con lo primero que pillo, y corro al fondo del todo intentando hacerme lo más pequeña posible, como un rebujo de ropa.

No vengas. No vengas.

La puerta chirría poco a poco abriéndose, aunque ya no veo nada más que negro. Me tapo la boca con las dos manos. Puedo notar como tengo la cara empapada de llorar y sudar.

No le oigo venir, pero siento como se acerca. Dios. Voy a morir. No, no, no...

Me cubro entera la cara y puedo sentir como lo tengo justo delante, a pocos centímetros de mí. Noto su aliento en mis manos. Como si fuera una persona. Quiero gritar.

- **...a.**
- **...**
- **¡...ara!**

Algo rebota en mi cabeza. Mi cuerpo cada vez pesa más y algo me va agarrando.

A la mierda.

Grito. Grito tan fuerte que pienso que me voy a quedar sin pulmones. Grito y grito. Y abro los ojos.

El baño está vacío, la luz se ha encendido como siempre pasa al entrar y de fondo soy capaz de oír como Pablo y Sara gritan. La oscuridad ya no está.

Lo último que recuerdo es a Marcos abrir la puerta del baño y yo desmayándome justo después.

.....

- **¿Diga?**
- *Hey, hola, soy yo Elena.*
- **Ah, Pablo. Holis.**
- *Oye, ¿qué tal andas?*
- **Bien. Tumbada en la cama, con un batido y viendo los dibujos estos tan raros que ve mi hermano pequeño.**
- *Me alegra oír eso. ¿Ya te encuentras mejor de lo tuyo?*
- **... Sí, supongo.**
- *Entiendo. No voy a molestarte mucho más, ¿vale? He estado mirando, y Ed. Especial era por la mañana, así que te he metido conmigo ahí, como me has pedido.*
- **¿En serio? ¡Gracias!**
- *Ya ves, tenía que entregar también la mía. Oye, yo...*
- **Gracias por preguntar y ayudarme, de verdad. No estoy molesta ni nada parecido.**
- *...Vale.*
- **Anda, me voy a duchar, ya nos veremos.**
- *Sin prisa, ¿sí?*
- **...Sin prisa. Gracias.**

Cuando colgué el teléfono, suspiré y miré por la ventana. Ya ha pasado una semana desde que ocurrió aquel incidente. Lo que me contaron fue que algún gracioso desconectó la alarma de movimiento y la luz y me dejó ahí encerrada durante tres horas.

Mi trauma a las películas de miedo me había jugado una mala pasada, y por el pánico ni siquiera me di cuenta de que la puerta de la entrada no estaba cerrada. Por eso Pablo y los demás fueron capaces de entrar.

Me encontraron en el baño, desmayada y deshidratada, agarrando el teléfono y con muchísima ansiedad.

Casi no puedo recordar nada, solo el miedo.

“La oscuridad te ha jugado una mala pasada”.

Cerré los ojos y respiré profundamente.

“Una mala pasada...”, pensé, y me descubrí el hombro izquierdo: una marca morada con forma de dedos me recorría toda la piel.

...

Puede que tenga miedo, pero los traumas no agarran brazos ajenos.

